

## TRES PINTORES EN LA UNPHU

Por: Mariano Lebrón Saviñón



El Club de Profesores de la UNPHU (Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña) inaugura hoy una exposición pictórica, con una pequeña muestra representativa de tres artistas ligados entrañablemente a su ámbito cultural; dos profesores: Manuel Pimentel (Thimo) y Aquiles Azar, y una admirable mujer, hija de una de nuestras más apreciadas profesoras, Charito, así, a secas, como a ella le gusta ser llamada en lo tocante a su arte, joven y ardiente en los menesteres de la creación.

Es cosa simbólica que la UNPHU, a través de sus profesores, haya iniciado sus actividades culturales con una muestra de pintura, pero no casual. El hombre, al estremecerse de angustias desconocidas en la inmensa orfandad de su madrugada creadora, antes de hablar, pintó, ornando las pequeñas paredes de su hogar cavernario, allá en la edad lechal del mundo. Pintó, aguijado por ansias irrefrenables, cuando su habla era sólo gruñidos y pantomima, y era también dibujos y colores la expresión de su inquieto lucubrar en el océano mágico donde aún estaba inmerso. Pintó, acuciado, quizás, por el terror, pero lo hizo con arte. Mirad las líneas finas y el esfumino inconcebible de algunos trazos en aquellas galerías sorprendentes del hombre de Cro Magnon o seguid, con los ojos del alma, las gráciles formas curvas de aquellos toros que la

absorta admiración de Marcelino Santuola vio por primera vez en Altamira, la gran capilla Sixtina del arte rupestre.

El Prof. Jean-Christian Spahni, que descubrió en 1955 una galería rupestre, dice: “Es preciso haber visitado una cueva adornada para comprender la verdadera belleza de la pintura prehistórica. Es preciso, también, haber visto esos frescos gigantescos en su cuadro natural, en el ambiente especial donde han sido creados para captar su grandeza y su significación”.

Mágico o no; urgido por un principio de divinidad latente en el hombre desde el fondo caliginoso de la espelunca; inmerso o no, en un arrobó cuasi espiritual de bellezas, el hombre primitivo sintió, sin sospecharlo, en el ámbito silente de su conciencia, el grito del amor triunfante. El arte magdalenense es un canto espontáneo y continuo a la gloria de la vida y un homenaje vibrante a las fuerzas misteriosas de la naturaleza.

Hubo un momento universal del arte en el que los pintores, hartos de la grandiosidad supra—humana de las geniales creaciones renacentistas, quisieron captar, en angustiante desespéro creador, las múltiples vibraciones de la naturaleza, que ya se habían hecho cosa s3lita en los portentos mélicos de los grandes músicos.

Quisieron representar, en la aparente mudez del lienzo, la sollozante quejumbre de la brisa entre las vibrantes agujas del sauce; representar en colores el rumor del agua pantanal herida por los puñales lunares, como Claude Debussy captaba con sus sonidos esos mismos reflejos de la luna, en el agua. Ya habían copiado la magia crepuscular con su alto contenido poético, como sangre del sol en su agonía. Y se asomaron al mundo abisal, de misterio y color, del gran romántico español Francisco de Goya y Lucientes, para crear su propio mundo de música sorprendida y callada en los incomprensidos cenáculos del impresionismo.

Pero cuando el mundo se desequilibró en el avasallante infierno de dos guerras, la imagen se fragmentó en incontables caleidoscopios geométricos, y fue del orbe enriquecido, pero angustiado de Braque y de Picasso de donde nacieron esos

cuadros incomprensidos, de asombros, sinfonía de luz en los vitrales, que se llamó cubismo.

El hombre común mostró su asombro, de soslayado desdén, frente a estas imágenes de pesadilla. Quedaba estático, dolorosamente estático ante la plasmación de mundos irreales, más allá de lo asible, y tampoco pudo comprender las creaciones de sueño —aunque Shakespeare había dicho que la vida se hace de la misma tela que los sueños, y Calderón que la vida misma era un sueño— de un Salvador Dalí, exquisito pintor, a pesar de su histrionismo, ni de un George de Chirico.

Fue Goethe quien dijo: “lo antinatural también forma parte de la naturaleza. El que no la ve en todas partes, no la ve en ninguna parte”. Pero Santa Teresa de Jesús había cantado: “Dios anda entre los pucheros”, que es lo mismo que pensar que pueden encontrarse perlas hasta en los pantanos. Todo es verdad. Cuando los apóstoles corrieron asqueados ante la podredumbre del lobo muerto, Cristo se detuvo a contemplar la impoluta belleza de sus dientes blancos.

En septiembre de 1943 tuvo lugar la primera exposición, en Santo Domingo, de Eugenio Fernández Granell, el atormentado español que convivió con nosotros, y hubo un desconcierto general que culminó en una explosión hilarante. Los beocios rieron mandíbulas batientes; los más conservadores se conformaron con un imperceptible remilgo, mientras otros grupos —los de siempre— estallaron en una sarta de improperios soflamados de indignación. ¿Y por qué todo esto? Granell era surrealista y era aquella, en mucho tiempo, la primera exposición seria —pues Jaime Colson creaba en playas lejanas, en tanto que los “caballos bajo la lluvia” de Darío Suro, casi habían pasado inadvertidos— y porque el pintor, que traía el alma desgarrada por un lacerante angustia— de un humano dolor desesperante— había abierto su alma, dejando que de ella brotaran todos esos informes materiales de dolor y hermosura que poblaron los meandros de sus ríos oníricos. Fernández Granell descubría a los ojos expectantes un nuevo mundo de color y misterio, deformado por un dolor incontrolable, pero de

indudables bellezas, y una amaurosis de incomprensión lo dejó solitario y rebelde en ese enriquecido orbe de su fantasía.

Nunca se oyen tantos dislates como frente a una exposición de pintura.

Hace algunos años tuvo lugar en la Galería Nacional de Bellas Artes una exposición de unas magníficas copias del Greco realizadas con mano maestra. Jaime Colson, nuestro ya desaparecido y genial neohumanista, trataba de explicarnos, con términos sencillos, la depurada técnica y los problemas de estética que había resuelto el magnífico pintor cretense en su cuadro "El entierro del Conde de Orgaz." Como llegara un crítico, lector de catálogos, y le interrumpiera para explicar: "En ese cuadro están pintados algunos de los personajes célebres de la época: el de allá es Cervantes, el de acullá Cellini; el mismo Domenico Theotocopuli se autorretrató; obsérvelo, es ese que mira de frente..." etc. Nos alejamos dejando al critiquillo en su facundia anecdótica, en tanto que el distinguido pintor nos decía: "Nunca se dicen tantos disparates como frente a un cuadro. La gente se harta de hablar de la sonrisa de La Gioconda y no hay tal sonrisa. Grandes multitudes han desfilado por el Louvre para ver esa sonrisa, y pocos se han fijado en lo mejor: en el maravilloso paisaje del fondo, en las magníficas manos, en el óvalo facial. ¿Qué sonrisa? En esa boca está sólo el sello de Leonardo, que se encuentra en todos sus cuadros. Tanto se pedanteó con la sonrisa de La Gioconda, que le tomé aversión al cuadro. Pero un día me detuve a observarlo y encontré esa maravilla: el sello inconfundible de la personalidad de Leonardo da Vinci, en todo, menos en la decantada sonrisa."

El verdadero pintor no es el que nos da trazos convencionales de una naturaleza deformada; si no transmite algo de su alma, si no magnifica —como Darío Suro, como Yoryi Morel o Gilberto Hernández Ortega— la naturaleza que copia con el célico buril del estilo y si no transmite un mensaje de eternidad, es obra perdida. La vaca de Mirón se extraviará en el rebaño y las uvas entre los picos de los gorriones. Aludo al célebre cuentecito de las cerezas tan bien pintadas, que atrajeron

los pájaros. “¿Acaso no demuestra este hecho que las cerezas están bien pintadas?”, preguntó alguien. “De ninguna manera —respondió Goethe—: Más bien puede significar que aquellos inteligentes animalitos eran unos verdaderos gorriones.”

Ya lo saben. Sean para los gorriones las cerezas de púrpura. Para el artista, la pintura —como la poesía y la música— es la consolación, el estado de gracia de un momento estelar. Ante Van Gogh decía Gāūgin: “La pintura es el arte para consolar corazones maltrechos” y Paul Giudicelli se perpetuó pintando halos de luz, fulguraciones, puntos de eternidad entre lancinantes dolores que abrían su alma a un mundo en el que el dios de las maravillosas concepciones le hacía guiños sonrientes.

Hoy tenemos aquí la muestra de tres jóvenes artistas de rica juventud, plenos de fuerza creadora.

Charito es la expresión de una florescencia de luz y de color, de realidades hermosas captadas, como por un milagro, en la placa sin igual de sus retinas. Charito pinta y le da nueva luz a la luz de la realidad cotidiana, e insospechadas vibraciones a las vibraciones de las esferas misteriosas. Su secreto es el color, el uso discriminado y perfecto del color, y la captación jerarquizada de la realidad. Todos vemos esa realidad pero nuestras limitaciones visuales nos impiden notar la diferencia que va de un árbol bajo el incendio auroral, a ese mismo árbol azotado por la lluvia, o cubierto de nieblas crepusculares o incendiado de blancor de luna entre sombras boscosas.

El paisaje está allí, la cara también, y el alcor florecido, o el atolón suspendido en las ondas, y la lumbre ingrata, y la actitud del beso y del amor; surgen a los ojos zahoríes de la pintora con sus colores vibrantes, espontáneos, como se forman las islas del coral.

Oid cómo pintaba Van Gogh, el gran expresionista holandés que sacó del delirio de su epilepsia los vivos colores que le caracterizaron: “Imagináos que estoy pintando el retrato de un amigo mío, un artista agitado por grandes sueños, que trabaja como canta un ruiseñor, porque ello está justamente en su naturaleza. Este hombre ha de ser rubio. Y he de poner en la pintura todo el afecto que yo siento por él. Al principio lo pinto

como es, tan fielmente como me resulte posible; esto no es más que el comenzar. Con ello no queda la pintura terminada. Después comienzo a colorear arbitrariamente. Exgero el rubio del cabello, lo pongo como anaranjado, un amarillo limón mate. Detrás de la cabeza, en vez de la trivialidad de la pared pinto el infinito. Hago un fondo simple con el azul más vivo que puedo, el más fuerte que la paleta pueda procurarme. Por esta sencilla superposición, la rubia cabeza luminosa sobre el rico azul del fondo aparece tan llena de misterio como una estrella sobre el eterno éter oscuro”.

Así pinta Charito sus paisajes, sus retratos, con viva luz, con una especie de idealización de la cara que pinta —como hizo nuestro genial Abelardo con el retrato de Duarte copiado de Bonilla— con tanto amor— arte es estética y estética es amor— que parece que de sus labios brotan lirios— perfume de su alma— como en la dulce niña del cuento de Perrault.

Aquiles Azar es otra cosa: es odontólogo, poeta, cuentista y dibujante, con verdadera aptitud para la plastia.

Sereno, equilibrado. Su gracia singular es el dibujo. En éste es casi genial. Sin embargo prefiere la pintura. Para Darío Suro, crítico de arte, además de maestro en pinturas, el lenguaje pictórico de Aquiles Azar es hondamente sincero y lo expresa así: “Sin el menor esfuerzo podemos ver ese mundo cotidiano y ordenado de botellas y jarrones; los cuadros han sido pintados por Aquiles Azar con toda la sabiduría técnica de los últimos años de su producción pictórica y con un profundo amor por los objetos tangibles, objetos que no dejan de tener una gran dosis de poesía, cuando ellos son traducidos con un lenguaje pictórico honesto y sincero como el de Aquiles Azar”.

Eso pinta Aquiles: pinta frascos, botellas retorcidas en dolorosa actitud de vidrio atormentado o barro sufriente; ánforas, cráteras, y botellas otra vez. Los envidiosos dirían que sólo sabe pintar botellas, como acusaron a Velásquez de sólo pintar retratos. Pero Azar pinta sus botellas con mano maestra, con bravía efervescencia creadora, con trazos firmes y, por encima de todo, con dibujos maravillosos. Y sus simples cuadros

de botellas rotas o convulsionadas por un esfuerzo casi humano, ganan premios y concitan admiración, como la cama misérrima o la pobre silla de la habitación de Van Gogh por él pintadas.

El bodegón es la trivialidad pintada, pero los holandeses hicieron de él jerarquizaciones insólitas, después de que Caravaggio, en el Siglo XVII, exaltara el puro naturalismo. Y ahora, hablemos de Thimo Pimentel.

Thimo es una hermosa realidad dentro de las artes plásticas dominicanas. Es un milagro de aceptación, de entusiasmo, de vivencias plenas. ¿Cuál es el fenómeno que se llama Thimo Pimentel? García Lorca lo hubiera explicado diciendo que tiene "duende". He aquí la explicación del duende: ¡muchos la conocen!

El duende no es un ángel que susurra, ni el dios que rige la conciencia de los artistas, como piensa Platón. El duende es ese travieso geniecillo que sube por la sangre y la quema y pone temblor de vidrio derramado en la frente serena, y hace que tiemblen las estrellas gigantes a la distancia de nuestras manos entre rielar de luna y rumor de juncos estremecidos. Lorca lo explica mejor con sus ejemplos: "En toda Andalucía, roca de Jaén y caracola de Cádiz, la gente habla constantemente del duende y lo descubre en cuanto sale con instinto eficaz. El maravilloso cantor El Lebrijano, creador de la Debla, decía: "Los días que yo canto con duende no hay quien pueda conmigo"; la vieja bailarina gitana La Malena exclamó un día oyendo tocar a Brailowsky un fragmento de Bach: "¡Olé! Eso tiene duende." Y estuvo aburrida con Gluck y Darío Milhaud. Y Manuel Torres, el hombre de mayor cultura en la sangre que he conocido, dijo, escuchando al propio Falla su "Nocturno del Generalife", esta espléndida frase: "Todo lo que tiene sonidos negros tiene duende." Y no hay verdad más grande".

He aquí mi interpretación: Cuando hay "duende" las cosas se facilitan. En un certamen de voces exquisitas, triunfantes juventudes se fatigaban por imponer sus ardorosas melodías. Llegó un viejo trovador de cansada mirada y ojos tristes; rememoró, con melancólicas añoranzas, su juventud, al compás de añejas y quejumbrosas melodías anacrónicas. Al principio la

befa irisó la línea curva de la fisga en sonrisillas escondidas. Pero el trovador se iba ensimismando; su voz de cristal turbio arrastraba un manantial, y ya no era cascada de rotas campanas, era un dulzor de rancia espuma melodiosa; la voz se quebraba en las notas altas, pero sollozaba su melancólica impotencia melódica, mientras nos hundíamos en el mundo de sus saudades. El viejo cantor nos ató a su voz con implacable ternura. El longevo cantor “tenía duende.”

Hoy, señores, el duende de Thimo anda suelto aquí, pequeño e invisible, y lo que es peor, desliza como sierpe de dulzura, su débil susurro insinuante por mis oídos abiertos a la melodía de la vida. Me habla de la juventud triunfadora de Thimo Pimentel, de las líneas magistrales de su dibujo maestro, de sus trazos seguros, de su feliz contubernio con el color. Trabaja en cerámica, al óleo, al creyón, y en todo, el arte... el arte triunfador.

Y ¿qué persiguen Charito, Aquiles y Thimo? ¿Ganar admiradores? ¿satisfacción de lúdicos anhelos? No. Quieren algo más. Crean, y el que crea sueña con la eternidad. “Crea, para que te parezcas a los dioses”, dijo una vez nuestro excelso poeta Domingo Moreno Jiménez, que es como aquella frase que Shakespeare puso en boca de Marcio, uno de los personajes de Coriolano: “Sólo quiero la eternidad para ser Dios”. Porque si una hora, un día, son retazos de eternidad que el destino nos regala, el último minuto mata. Y es nuestro anhelo que esa muerte sea sólo el pretexto para persistir. Esto es, el último salto verdadero hacia la eternidad.